



La casona es el único inmueble de valor patrimonial tipo I en el municipio de Jatibonico. /Foto: Vicente Brito

Herida a la identidad

Desde hace siete años, la Sala Museo de Arroyo Blanco permanece cerrada por presentar peligro de derrumbe

Lisandra Gómez Guerra

“A este pueblo se le está muriendo un pedazo”, soltó como dardo una de las vecinas de Arroyo Blanco a los pies de la Sala Museo de esa localidad, cerrada a cal y canto desde el 2016.

Lo dice con dolor porque conoce que detrás de la fachada de madera el panorama es desalentador. Una rica colección de alrededor de 200 exponentes aglomerada en la única habitación que no se moja, fardas desprendidas, el moho como huella del agua que entra por los huecos del techo, puertas y ventanas sin estabilidad... son parte del paisaje de bienvenida cuando se traspasa el umbral de la casona erigida después de 1834.

“Estamos en una de las primeras construcciones de Arroyo Blanco, el único inmueble de valor patrimonial I del municipio de Jatibonico, perteneciente a la época colonial —la presenta Neriberto Pérez, máximo responsable de la institución—. Desde hace siete años decidimos cerrarla por el evidente peligro de derrumbe”.

Y no exagera. Basta recorrer lo que se conoce como el dormitorio del párroco Benito Villadeval y Vilaseca, otrora propietario de la vivienda, para corroborar dicha sentencia.

PASADO EN PELIGRO DE EXTINCIÓN

Espigada en una pequeña elevación de la calle Independencia, a pocos metros de la entrada del poblado, la Sala Museo es desde hace muchos años un símbolo. Junto al punto oriundo de esa tierra, la familia Sánchez Valdivia, la Loma del Heliógrafo, entre otros trazos de la historia, forma parte de los elementos identitarios de quienes residen allí.

“En ella se cuida el pasado de este pueblo con mucha historia mambisa”, “Da pena que se pierdan todos los papeles y fotos antiguas que están ahí adentro”, “En ese museo crecimos, pues muchas tareas de la escuela que tuvimos que buscar ahí”... son algunas opiniones encontradas al azar en los alrededores de la construcción de piso de barro, portal corrido y arcos ojivales entre la sala y el comedor; elementos que, junto al resto que caracteriza la construcción, hicieron que Jesús Ramos Gómez insistiera en lograr que en 1987 se fundara lo que entonces se nombraba como Casa Comunal.

“Las primeras transformaciones de la casa las hace el propio Villadeval y Vilaseca, al terminar la guerra de 1868. Por ejemplo, puso en la puerta de entrada la que tenía en la salida para que quedara de una hoja, quizá buscando mayor seguridad. Pero, por lo general, ha llegado hasta nuestros días bastante fiel a sus orígenes, de ahí la importancia que tiene para nuestro patrimonio”.

Luego de convertirse en Casa Comunal se intervino ligeramente, a fin de desterrar las huellas propias de una casa habitada. Con posterioridad, alguna que otra pasada de mano la mantuvo hermosa hasta que un indetenible deterioro encendió las alarmas.

En medio de esa triste realidad, ni Ramos Gómez ni Neriberto Pérez pierden la oportunidad de admirar lo que consideran el mayor tesoro del inmueble: sus cenefas.

“Son las únicas de la provincia conservadas en paredes de madera. Otro elemento significativo y que siempre ha llamado la atención a nuestros visitantes es el ancho de las tablas labradas a mano. En Cuba algo así poco ya se encuentra”, asegura Neriberto, quien puede caminar con los ojos vendados por todo el lugar sin tropezar.

Los exponentes de la colección, en su mayoría pertenecientes al párroco que ofició por más de 50 años en Arroyo Blanco, son diversos: papelería, muebles, objetos decorativos...

CONTRARRELOJ

La deplorable situación de la Sala Museo de Arroyo Blanco se ha puesto sobre las mesas de varios análisis. La decisión de intervenir con las acciones que exige su estado constructivo ha pasado de un año a otro, sin encontrar una respuesta concreta.

“Cuando hace un tiempo gastaron miles de pesos en cambiar los bancos del parque pensamos que la arreglarían, pero parece que se tiene que caer completa”, confiesa una de las vecinas de Arroyo Blanco.

Ricardo Guardarrama Román, director del Museo Municipal de Jatibonico, ha seguido minuto a minuto el estado de la institución que se le subordina. Por su experiencia, conoce que en estos momentos requiere de una significativa inversión.

“Trabajamos en el expediente para que se apruebe el presupuesto a nivel gubernamental porque la Dirección Municipal de Cultura pretende asumir algunas labores para detener el deterioro; pero con ese accionar no se resuelve el daño tan grande que tiene.

“Por supuesto que hablamos de una casa antigua de madera, por lo que será muy difícil adquirir todos los materiales que precisa. Eso nos obligará a buscar soluciones con lo que tenemos, pero sin dañar lo patrimonial. De ahí la importancia del asesoramiento especializado.

“Y claro que con algunos elementos no existe el menor de los negocios, por ejemplo, con las cenefas. Esas hay que protegerlas. De inmediato, tenemos que acometer las tareas para que no se nos caiga. Para eso contamos con la ayuda de la comunidad”.

EN EL BANQUILLO DE ESPERA

Han pasado siete años desde que las puertas y ventanas de la Sala Museo de Arroyo Blanco se cerraron. Su interior simula una de esas casas embrujadas al mejor estilo hollywoodense, donde, además de la historia, habitan goteras, moho, coméjén y vigas prácticamente en derrumbe... De un lado les siguen de cerca personas a las que les duele ver cómo tanta identidad se va a bolina y, en el otro, quienes han preferido intervenir en otras construcciones, mientras en esa casona andan las afectaciones a galope apresurado.

No es la única edificación patrimonial de la provincia en ese grave estado y cada día la situación económica a nivel de país se agrava. Mas, dejar morir el legado cultural que recibimos del pasado y que deberá ser referente en el futuro no puede ser opción.

El trabajador de la cultura no tiene momento fijo

Así lo considera Sixto Edelmiro Bonachea, único de ese sector que recibe este año la medalla Jesús Menéndez en reconocimiento a su relevante labor

Suman ya muchas medallas y reconocimientos que cuelgan de su pecho. Cada uno premia la entrega, consagración, amor y talento de Sixto Edelmiro Bonachea, quien nunca ha renunciado a su música entre las tantas responsabilidades que ha asumido como directivo en el sector cultural.

“Entré al gremio tocando en una orquesta en 1970. Un poco antes lo hacía, pero de forma voluntaria en la Montecasino. Además, fui fundador del Movimiento de Artistas Aficionados”.

Inició así su carrera este espirituario auténtico de 77 años, actual director artístico del Teatro Principal y quien resulta el único del sector cultural que recibe este año la medalla Jesús Menéndez, en reconocimiento a su relevante labor y por una sostenida y destacada actitud ante el trabajo.

“Realmente lo recibo con mucho orgullo porque lo otorgan el Secretariado de la Central de Trabajadores de Cuba y el Consejo de Ministros. Y lo hago en mi nombre, mi familia y el colectivo que represento: el Teatro Principal. Les agradezco a todos los que a través de los años han laborado junto a mí: artistas, músicos, funcionarios...”

“He tenido la oportunidad, a través del sindicato, de la administración, por la confianza que me han tenido, de ser trabajador internacionalista, de representarlos a instancias provincial y municipal en el Poder Popular”.

Junto a tantos recuerdos, resguarda con mucho cariño su liderazgo en el Comité Provincial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en Sancti Spiritus, donde condujo muchos de los

procesos que hoy sostienen la cultura espirituaana.

“Fue una etapa de mucho trabajo, pero lo recuerdo con cariño. Comencé como vicepresidente primero, cuando Julio M. Llanes asumía la presidencia y logramos muchas cosas.

“Pero, hay una etapa de mi vida que recuerdo mucho que le antecede a mi estancia en la cultura y es que me gradué en un tecnológico y laboré en diseño y construcción de máquinas de herramientas. De ambas me siento orgulloso. Me sucede lo mismo por ser un hombre de Revolución, porque lo que soy es gracias a ella”.

Se cree que los trabajadores del sector productivo son quienes entregan mayores esfuerzos por la propia naturaleza de sus labores; sin embargo, el sector cultural implica no pocos sacrificios...

Hay una frase popular que refiere que la cultura no tiene momento fijo. Yo le añado que el trabajador de la cultura no tiene momento fijo. Tiene que entregarse mañana, tarde y noche. Si eres artista tienes que crear y, si eres funcionario, por el día laboras en la oficina y por la noche controlas, chequeas, evalúas las actividades...

Somos trabajadores permanentes porque tenemos que pensar qué viene después. Como decimos, andamos con un pie en la tierra y otro en el cielo para seguir haciendo y forjando las artes.

¿Hasta cuándo contaremos con Sixto Edelmiro?

La salud a veces me juega malas pasadas. Pero pienso estar mientras tenga fuerzas y mis compañeros me ayuden como siempre. (L. G. G.)



Sixto Edelmiro Bonachea inició su vida laboral en el sector cultural como músico. /Foto: Lisandra Gómez